

SUÁREZ LOTO Silvia “Masculinidad y violencia, el trabajo con hombres violentos” en CORSI Jorge (Comp.) ***Violencia familiar, una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social.*** Buenos Aires; México: Paidós, 1994

3. MASCULINIDAD Y VIOLENCIA. EL TRABAJO CON HOMBRES VIOLENTOS

Silvia Suárez Loto

INTRODUCCIÓN

Al abordar la violencia familiar como problema social es necesario considerar la implementación de acciones orientadas a la asistencia de los hombres violentos. De lo contrario, la comunidad estaría ignorando la raíz del fenómeno, ya que los hombres pueden pasar de una relación violenta a otra. Desde esta perspectiva, el cambio en las creencias y actitudes violentas de los hombres contribuye a reducir el maltrato hacia las mujeres.

Señala Dutton (1988) que salvo por el uso y la minimización de la violencia, muchas de las descripciones de los hombres violentos responden a las de la socialización genérica masculina. Por lo tanto, el presente trabajo procura destacar las características del aprendizaje genérico masculino que favorecen la conducta violenta, describir los aspectos centrales de los modelos de grupo para la asistencia de hombres violentos y evaluar las posibilidades de su implementación a través del relato de una experiencia llevada a cabo recientemente en nuestro medio.

A continuación se señalan los principales referentes teóricos considerados necesarios para el análisis de la temática propuesta.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD

Para el abordaje de la violencia masculina, es importante considerar los tres niveles de análisis propuestos por Bronfen-

brenner (1987). Desde el macrosistema, la configuración de la mística masculina comprende valores culturales, mitos, estereotipos, aprendizaje social de roles genéricos, actitudes sociales hacia la violencia. El exosistema abarca las instituciones intermedias, transmisoras de los valores que operan en el macrosistema, tales como la escuela, el trabajo, los grupos y redes sociales, los que a su vez actúan como espacios simbólicos en los que el sujeto está inmerso. El microsistema incluye a la familia como espacio simbólico, el análisis de los modelos y de la comunicación familiar, la interacción diádica (madre-padre/madre-hijo/padre-hijo), las patologías del grupo familiar y la discriminación genérica dentro de la familia.

Bandura (1984) señala que la teoría del aprendizaje social considera que, a través del "procesamiento cognitivo de las experiencias directas y vicarias, los niños llegan a conocer la identidad de su género, a aprender los papeles sociales de cada sexo y a extraer las normas para determinar los tipos de conductas que se consideran apropiadas para cada sexo".

De acuerdo con lo sostenido por Mackie (1987), la socialización de género es un subtipo de la socialización general que comprende los principios por medio de los cuales los individuos aprenden a ser femeninos o masculinos, siguiendo las expectativas sociales. Para ello es necesario que internalicen las normas que especifican la desigualdad de género y la división genérica del trabajo.

Los estereotipos de género más difundidos señalan que los hombres son la máxima autoridad de la casa, independientes; libres, individualistas, objetivos, racionales, jueces en última instancia. A las mujeres, por el contrario, se las considera dependientes, débiles, sumisas, emotivas, no inteligentes, reprimidas para el placer, encargadas de las responsabilidades domésticas y de la crianza de los hijos. Asimismo, la socialización masculina crea estrategias de resolución de conflictos (cólera defensiva/externalización de la culpa) que, cuando fracasan, pueden generar una escalada violenta para lograr el dominio de la situación.

Sostiene Bell (1987) que el trabajo es la preocupación vertebral en la vida de los hombres. En la sociedad occidental, el

concepto que un hombre tiene de sí mismo deriva fundamentalmente de su trabajo, y el éxito laboral se convierte en un indicador de la masculinidad.

Otro aspecto central de lo masculino se refiere a la sexualidad. Bernie Zylberger, citado en Gindín (1991), señala diez sentencias a través de las cuales se expresan los mitos de la sexualidad masculina:

1. "Los hombres no deben tener o, al menos, no deben expresar ciertos sentimientos."
2. "En sexo, como en cualquiera otra cosa, lo que cuenta es el rendimiento."
3. "El hombre es el encargado de iniciar u orquestar lo sexual; es responsable también del orgasmo femenino."
4. "El hombre siempre debe desear y estar listo para el sexo."
5. "Todo contacto físico debe necesariamente terminar en una relación sexual."
6. "Relación sexual equivale sólo a coito vaginal."
7. "Toda actividad sexual requiere como condición básica la erección."
8. "Buen sexo es una progresividad lineal de excitación creciente que termina exclusivamente en el orgasmo."
9. "El sexo debe ser natural y espontáneo."
10. "En esta era tan avanzada los mitos precedentes no tienen ya ninguna influencia sobre nosotros."

Los mitos que rigen la sexualidad masculina son incorporados a través de la observación de conductas y actitudes que expresan los roles masculinos socialmente adjudicados. Cumplen la función de preservar los pilares fundamentales de la identidad masculina, poder e intimidad, que son los aspectos que más frecuentemente pueden desencadenar situaciones de violencia, cuando el hombre los cree vulnerados.

El modelo masculino tradicional descrito por J. Corsi (1990) se basa en dos características esenciales, que configuran el perfil psicológico de los hombres: la restricción emocional y la obsesión por los logros y el éxito.

Estas características se reflejan en una conducta afectiva y sexual restringida, actitudes basadas en modelos de control, poder y competencia, y dificultades para el cuidado de la salud. En términos generales, la evitación de todos los aspectos asociados a lo femenino configura el núcleo principal a partir del cual se estructura la masculinidad.

J. Corsi describe una serie de mitos y creencias sobre los que se sustenta la socialización masculina, entre los que se pueden destacar:

- la masculinidad es la forma más valorada de la identidad genérica;
- el poder, la dominación, la competencia y el control constituyen pruebas de la masculinidad;
- la vulnerabilidad, los sentimientos, las emociones, la sensualidad, la ternura y el contacto físico deben evitarse por ser signos de feminidad;
- el autocontrol, el control sobre los otros y sobre su entorno son esenciales para su seguridad;
- un hombre que pide ayuda muestra signos de debilidad, vulnerabilidad e incompetencia;
- el pensamiento racional del hombre es la forma superior de inteligencia;
- el éxito en las relaciones se asocia a la subordinación de la mujer a través del poder y el control de la relación;
- la sexualidad es el principal medio para probar la masculinidad;
- la intimidad con otros hombres debe ser evitada por temor al afeminamiento y a la homosexualidad;
- la autoestima se basa en los logros obtenidos en el ámbito económico y laboral.

La exigencia de tener que cumplir con este conjunto de creencias acerca de lo que significa ser un "hombre de verdad" puede generar situaciones de estrés que actúan como factores de riesgo para la salud e incluso para la vida de los hombres. No sólo presentan mayor frecuencia de trastornos asociados a aspectos psicosomáticos (cardiovasculares y gastrointestinales) sino que

se encuentran más expuestos a accidentes y diversas formas de conducta arriesgada.

¿Qué lleva a los hombres a cumplir esos mandatos culturales, aun a riesgo de su propia vida y muchas veces de la de los otros? Una clave para empezar a responder esa pregunta se encuentra en el profundo análisis de Alice Miller (1985) acerca de las raíces del odio y la violencia, que esta autora vincula a las experiencias de maltrato u opresión vividas desde los primeros años de vida.

De acuerdo con su planteo, la “pedagogía negra” comprende las técnicas de condicionamiento temprano destinadas a entrenar a los niños en la práctica del no-darse-cuenta. El condicionamiento temprano garantiza que el niño no descubra la crueldad espiritual oculta bajo la forma de educación.

Cuando se frustran las necesidades vitales del niño, cuando el adulto abusa de él por motivos egoístas, le pega, lo castiga, lo maltrata, manipula, desatiende o engaña sin la interferencia de un testigo, entonces la integridad del niño sufrirá un daño irreparable.

Si el niño se ve obligado a ocultar sus sentimientos, si le prohíben enojarse, mostrar su rabia y su dolor, más adelante esos sentimientos pueden generar acciones destructivas contra otros, tales como conducta criminal o asesinatos masivos, o contra sí mismo, como adicciones, prostitución, desórdenes psíquicos e incluso suicidio.

El niño sólo puede superar las graves consecuencias de la injusticia si le permiten defenderse, articular su rabia y su dolor. Si no pudo revivir y elaborar conscientemente el desprecio recibido en la infancia, éste se transmitirá en la adultez.

Sostiene esta autora que es necesario advertir que las experiencias de los primeros años de vida repercutirán irremisiblemente en la sociedad. Por lo tanto, se debe brindar información emocionalmente comprometida al niño que el adulto lleva dentro de sí, acerca de cuáles son las raíces del odio. El origen de la neurosis no está tanto en los hechos reales como en la necesidad de reprimirlos. Señala Miller que el individuo no puede

descubrir en sí mismo las huellas del proceso represivo sin una ayuda ulterior, tal como el psicoanálisis, aunque éste no siempre permite expresar los sentimientos reprimidos.

El planteo de Miller permite valorar la importancia de la intervención y destaca la responsabilidad de parientes, maestros, asistentes sociales, médicos, terapeutas, funcionarios y de todos aquellos que puedan actuar oportunamente para cortar la transmisión de la conducta violenta de generación en generación.

LA VIOLENCIA MASCULINA

El contexto social

Al realizar un abordaje interdisciplinario de la violencia masculina, es necesario tener en cuenta el contexto social en el que aquélla tiene lugar.

De acuerdo con el análisis de Michael Kaufman (1989), cada acto de violencia aparentemente individual se enmarca en un contexto social. Considera que la violencia es una conducta aprendida al presenciar y experimentar violencia en el seno de la sociedad. La violencia masculina se expresa a través de una tríada que abarca la violencia contra las mujeres, contra otros hombres y contra sí mismo. Se sitúa en una sociedad basada en estructuras patriarcales de autoridad, dominación y control, diseminadas en todas las actividades sociales, económicas, políticas, ideológicas y de relación con el medio natural.

El acto de violencia es muchas cosas a la vez. Es el hombre individual ejerciendo poder en relaciones sexuales y, al mismo tiempo, la violencia de una sociedad jerárquica, autoritaria, sexista, clasista, militarista, racista, impersonal e insensata, proyectada a través de un hombre individual hacia una mujer individual.

Kaufman considera que algunas de las características asociadas a la masculinidad constituyen rasgos humanos valio-

tos, tales como la fuerza, la audacia, la racionalidad, el intelecto, el deseo sexual. Pero si se distorsionan estos rasgos y se excluyen otros asociados a lo femenino, la conducta manifestada resulta opresiva y destructiva.

La adquisición de la forma dominante de la masculinidad implica la intensificación de las formas de placer asociadas a la actividad y la represión excedente de la habilidad de experimentar placer de manera pasiva. Esta represión excedente se recompensa con los placeres y preocupaciones del trabajo, el ocio, los deportes y la cultura.

La masculinidad, por lo tanto, exige la represión de necesidades y sentimientos que son formas de expresión humanas y no sólo características de las mujeres, como generalmente se cree.

La represión de la pasividad y la acentuación de la actividad favorecen el desarrollo de una personalidad con agresividad excedente, lo que constituye la norma de las sociedades patriarcales, aunque el grado de agresividad varíe de persona a persona y de sociedad en sociedad.

Tanto la niña como el varón, antes que puedan expresarlo verbalmente, empiezan a percibir que la madre es considerada inferior al padre y, por consiguiente, que la mujer es inferior al hombre. Por supuesto, esta inferioridad no es natural sino socialmente impuesta.

Sostiene Kaufman que la masculinidad es frágil porque no existe como una realidad biológica que lleven los hombres dentro de sí. Existe como ideología en el marco de las relaciones de género.

Los hombres se sienten, consciente o inconscientemente, inseguros de su propia hombría o masculinidad, y esto se hace evidente en los grupos de apoyo y de terapia.

De acuerdo con su análisis, la violencia es una forma de combatir las dudas acerca de la masculinidad. En especial, la violencia contra las mujeres es la forma más común de violencia directa y personalizada en la mayoría de los adultos.

Señala Kaufman que pocas mujeres se libran del alcance de la agresión masculina, expresada a través de acoso sexual, violación, incesto y maltrato físico.

La violencia es la expresión de la fragilidad masculina, y tiene la función de perpetuar la masculinidad y la dominación, tornándose así en una forma del poder masculino. Por lo tanto, la masculinidad requiere ser respaldada y afirmada constantemente.

Los hombres que tienen grandes dudas personales e imágenes negativas de sí mismos, no toleran los sentimientos cotidianos de impotencia y emplean la violencia contra las mujeres como un medio de afirmación de su poder personal. El temor de parecer débiles y pasivos en relación con otros hombres les crea una dependencia hacia las mujeres para descargar tensiones y satisfacer sus necesidades emocionales en un contexto de seguridad.

Esta sensación de seguridad se deriva de interactuar con alguien que no representa una amenaza psíquica, porque tiene menos poder social, es menos fuerte físicamente y opera dentro de un patrón de pasividad excedente.

De acuerdo con el análisis de Kaufman, dada la fragilidad de la identidad masculina y la tensión de lo que significa ser hombre, la afirmación final de la masculinidad reside en el poder sobre las mujeres.

La negación y restricción de emociones y aptitudes humanas se agravan con el bloqueo de las vías de descarga. De esta forma, los hombres se convierten en "ollas a presión", dado que la falta de vías seguras de expresión y descarga emocional significa que toda una gama de emociones se transforma en ira y hostilidad.

Kaufman señala que para poner fin a la violencia masculina se requieren grandes cambios económicos, sociales y políticos que conduzcan a una sociedad sin represión excedente, que elimine el patriarcado, permita mayor manifestación de necesidades humanas y menos división entre deseos psicológicos activos y pasivos. Pero también sostiene que eso sólo no es suficiente, porque la existencia de la masculinidad y la agresión excedente conspiran contra esos cambios macrosociales. Por lo tanto, es necesario tomar otras medidas de carácter preventivo y asistencial.

Los hombres pueden encarar diversas acciones, tales como

formar grupos de asesoramiento y centros de asistencia para hombres golpeadores; propiciar la inclusión de cláusulas sobre acoso sexual en leyes, estatutos, escuelas y partidos políticos; solicitar fondos para centros de asistencia y refugios o, al menos, no tomar parte en el sexismo de los compañeros de trabajo.

Los grupos de apoyo masculinos deben permitir que los hombres hablen de sus sentimientos, de sus relaciones con otros hombres y mujeres, de sus problemas personales y de cómo fueron afectados por haber crecido en una sociedad de represión excedente. De este modo, empiezan a ver la correspondencia que existe entre las experiencias frustrantes de su vida y las formas como ejercen su conducta violenta.

La descarga emocional disminuye la tensión y las posibilidades de su manifestación a través de la violencia dirigida hacia afuera o hacia sí mismo. Afloja las estructuras represivas y permite mirar su interior y su pasado bajo una nueva luz.

Señala el autor que si la descarga emocional se hace en soledad o en contra de su voluntad, sólo sirve para reforzar los sentimientos de impotencia, de descontrol o la necesidad obsesiva de controlar a otros.

La base para el cambio debe darse en una situación de apoyo, afecto y estímulo por parte de otros hombres que compartan los mismos sentimientos.

El estímulo para descargar emociones y dialogar abiertamente aumenta la sensación de seguridad que empiezan a experimentar los hombres al estar entre sí. Esto ayuda a combatir el temor obsesivo a otros hombres que siente la mayoría de los heterosexuales.

La sensación de seguridad dentro del grupo facilita la relación con otros hombres, lo que a su vez permite enfrentar el sexismo y la homofobia. De esta forma, se puede generar un modelo de hombre fuerte y poderoso que no necesite comportarse de manera opresiva y violenta contra las mujeres, contra otros hombres o contra sí mismo.

De acuerdo con el análisis de Kaufman, esto contribuye a afrontar la opresión de las sociedades patriarcales, autoritarias y clasistas. Serán los cambios en la vida de los hombres,

enlazados con cambios en la sociedad, los que romperán las conexiones de la tríada de la violencia masculina.

Características de los hombres violentos

Señala J. Corsi (1987) que se consideran hombres golpeadores a quienes ejercen alguna forma de abuso físico, emocional o sexual contra su esposa o compañera. De acuerdo con su análisis, al encarar el trabajo con estos hombres se detectan factores específicos que permiten entender la singularidad del problema. Entre las principales características de los hombres golpeadores se menciona que:

- mantienen un sistema de creencias basado en los mitos culturales acerca de la masculinidad y de la inferioridad de la mujer;
- tienen dificultades para expresar sus sentimientos por considerarlo signo de debilidad, lo cual lleva a que los conflictos sean resueltos violentamente por no saber hacerlo de otra manera;
- se encuentran emocionalmente aislados, ya que no cuentan con quién hablar de sus problemas o de sus sentimientos;
- recurren frecuentemente al uso de racionalizaciones para explicar su conducta violenta, sosteniendo que es la mujer quien los "provoca", que no pueden controlarse o que no saben lo que hacen;
- perciben que su autoestima y su poder se encuentran permanentemente amenazados y, ante la sospecha de la pérdida de control, intentan retomarlos a través de la fuerza;
- muestran una actitud externa autoritaria que oculta su debilidad interior;
- al no reconocer la responsabilidad por sus actos, difícilmente piden ayuda para resolver sus problemas.

Los hombres violentos que solicitan ayuda suelen hacerlo después de un episodio agudo de golpes, cuando la mujer busca refugio fuera de la casa y condiciona su retorno a la iniciación de

un tratamiento. Posteriormente, en la etapa del ciclo correspondiente a la "luna de miel", caracterizada por el arrepentimiento y la promesa de no volver a golpear a la mujer, existe una gran tendencia a abandonar el tratamiento porque los hombres también creen que su conducta violenta no volverá a repetirse.

Conociendo las etapas por las que se atraviesa en el ciclo de la violencia, sabemos que si no existe una intervención externa, el proceso de acumulación de tensiones volverá a comenzar.

La deserción es menor cuando la mujer inicia su propio tratamiento y recibe orientación para comprender el proceso por el que se atraviesa en la violencia conyugal.

Señala J. Corsi que los objetivos de la intervención varían de acuerdo con el tipo de abuso que predomina en la relación. En el caso de abuso físico, se prioriza la detención de la conducta violenta a través de técnicas de autocontrol. Cuando se trata de abuso emocional, se trabaja con los sistemas de comunicación y de creencias, para que los hombres comiencen a hablar de ellos mismos y aprendan a expresar sus emociones. En el tratamiento se incluye la búsqueda de procedimientos alternativos para la resolución de conflictos.

2 TIPOS
de abusos
emancional
+ verbal
y físico
Se
tiene
que

Comenta D. Dutton (1988) que diversos estudios describen el ataque a la esposa como una estrategia de reducción de tensión, aprendida en la familia como lugar seguro para agredir sin recibir respuesta. Entre las características de los hombres violentos señala que son rígidos cognitivamente, no asertivos, consideran que el hombre es el jefe absoluto del hogar, tienen escasa habilidad verbal y califican como cólera todos los estímulos emocionales. La ansiedad, la culpa, la humillación se expresan mediante la violencia.

También se caracterizan por la externalización de la culpa y la minimización de la frecuencia e importancia de los ataques dirigidos a la esposa. Tienen bajo nivel de autoestima, son dependientes, celosos y provienen generalmente de sistemas familiares cerrados y aislados en los que han presenciado ataques del padre hacia la madre y/o han recibido castigos corporales o maltrato emocional en su infancia. Los estudios coinciden en señalar que se puede identificar una alta prevalencia de victimización por maltrato en la familia de origen.

Los hombres violentos recurren a racionalizaciones para justificar su conducta. La mayoría atribuye sus acciones a la provocación de la víctima, evitando de este modo la responsabilidad del ataque. Algunos aceptan su responsabilidad pero minimizan la frecuencia y las consecuencias del maltrato.

Otros atribuyen el ataque a algunos aspectos de sí mismos, tales como el alcoholismo o el mal temperamento.

David Adams (1988) presenta un perfil descriptivo del esposo agresor especialmente destinado a que los funcionarios del sistema judicial estén más informados y sean menos vulnerables frente a sus manipulaciones. Este perfil distingue las siguientes características:

1. Discrepancias entre el comportamiento en público y el comportamiento en privado: los hombres agresores tienen una imagen pública de persona amistosa, preocupada por los demás, devotos hombres de su casa. Esto lleva a que los vecinos y amigos creen que la esposa exagera cuando informa sobre el abuso físico. Los policías pueden ser engañados por el comportamiento calmado del agresor. Por el contrario, la esposa puede parecer alterada o histérica, por lo cual se puede pensar erróneamente que ella es la más agresiva. Esta falsa imagen puede repetirse en el tribunal, donde el agresor, bien vestido y acompañado por su abogado, parece tener mayor credibilidad que la esposa maltratada. Esto es aún más notorio cuando los agresores son profesionales, médicos, psicólogos, abogados, ministros y ejecutivos, muy respetados en su trabajo y en la comunidad.

2. Minimizar y negar: pocos esposos agresores se describen a sí mismos como hombres que golpean a sus esposas. Generalmente minimizan su violencia comparándola con la de "los salvajes que les caen encima a sus esposas todos los días". Para estos hombres, golpear o estrangular a su mujer son actos de defensa propia. Así como algunos hombres racionalizan su violencia, otros simplemente mienten sobre ella frente a los vecinos, parientes y oficiales de la policía.

3. Culpar a los demás: es el patrón de manipulación más común del hombre agresor. Es muy frecuente que en los pro-

gramas de tratamiento se escuchan declaraciones del tipo "Ella me llevó a hacerlo", "Ella me provocó", "Ella sí que sabe cómo sacarme de las casillas". En las primeras etapas del tratamiento, el esposo agresor no acepta la autocrítica y proyecta en los demás la responsabilidad por su propia violencia. Al presentarse como víctima intenta desviar la atención, centrándola en el comportamiento de su pareja.

4. *Conductas para controlar*: además del maltrato físico, el abuso comprende un patrón coherente de controles mediante la coerción, que incluye el abuso verbal, las amenazas, la manipulación psicológica, la coerción sexual y el control de los recursos económicos. Las críticas frecuentes a la esposa afectan su confianza en sí misma y en sus habilidades, el aislamiento social reduce su autonomía y las acusaciones de infidelidad o descuido de la familia sirven para que las esposas limiten sus contactos con amigos, compañeros de trabajo y familiares.

5. *Celos y actitudes posesivas*: muchos agresores vigilan obsesivamente a sus esposas, las siguen, interrogan a los hijos, escuchan sus llamadas telefónicas o las llaman frecuentemente para controlar sus actividades. Los hombres extremadamente posesivos tienen incapacidad para aceptar que la relación ha terminado y someten a las mujeres a un hostigamiento continuo. De acuerdo con el análisis de Adams, la presencia de este tipo de celos patológicos debe entenderse como un indicador significativo de su potencial homicida.

6. *Manipulación de los hijos*: cuando los jueces deben decidir acerca de la custodia de los hijos y los derechos de visita del padre, deben ser cautelosos con los patrones manipuladores de los agresores, que utilizan esas visitas para tener acceso a sus esposas, comprometiendo su seguridad. Algunos usan a los hijos como emisarios para que espíen las actividades de la madre o para convencerla para que "deje que papito regrese a casa". También suelen entrar en controversia sobre los acuerdos de custodia o de pensión alimentaria de los hijos, como una táctica para obligar a sus parejas a que accedan a la reconciliación o para que retiren los cargos en su contra.

7. *Abuso de sustancias*: si bien muchos esposos agresores abusan del alcohol o de las drogas, los expertos en violencia

doméstica coinciden en que no son causa de que los hombres agredan a sus esposas. Cuando el agresor es también abusador de sustancias, es necesario que sea derivado a los dos tipos de tratamiento.

8. *Resistencia al cambio*: la mayor parte de los agresores carecen de motivación interna para buscar asistencia o para cambiar su comportamiento. Muchos lo hacen sólo cuando comprenden que las relaciones con sus esposas no pueden continuar, a menos que asistan al programa. Para la mayoría de estos hombres, el problema no es que ellos sean violentos sino que sus esposas los han dejado.

De acuerdo con el análisis de Adams, conocer los patrones de agresión ayuda a quienes participan en los distintos niveles de intervención a resistir la manipulación de los agresores y evaluar su aptitud para aceptar los esfuerzos de rehabilitación.

En función de lo expuesto, es necesario destacar que la búsqueda de explicaciones sobre el origen de la conducta violenta no implica su justificación. El hombre violento es responsable de su propia conducta y de la forma que emplea para expresarla. Pero es importante tener en cuenta que, de acuerdo con la manera en que se defina el maltrato hacia la mujer, variarán las estrategias de cambio que se empleen para combatirlo.

EL MODELO DE GRUPO PARA HOMBRES VIOLENTOS

Antecedentes

En esta sección se describen las características generales de diversos programas destinados a la asistencia de hombres violentos. Posteriormente, se hace referencia a una experiencia llevada a cabo en nuestro país, basada en estos modelos de intervención grupal.

Señala David Currie (1985) que, en Canadá, el primer grupo para hombres que maltrata a sus esposas se reunió en septiembre de 1980. Hasta entonces se había trabajado con mujeres maltratadas, muchas de las cuales permanecían junto a

s esposos o regresaban a su hogar, y fueron ellas mismas quienes solicitaron algún tipo de intervención para sus compañeros.

El programa desarrollado por Currie se basa en el Modelo psicoeducacional, cuyo principal objetivo es que los hombres que maltratan a sus esposas asuman la responsabilidad por su conducta y puedan controlarse. Para ello, se procura lograr un aumento de la autoconciencia, a fin de modificar las actitudes que desembocan en la conducta violenta.

la persona a quien
maltrata usualmente
ese es el culpable
que asume
→

Para el diseño e implementación de un grupo para hombres, fundamental contar con un modelo que explique las causas de la violencia, a fin de que el tratamiento se oriente a resolver esas causas subyacentes. Entre éstas, Currie destaca los factores sociales que llevan a aceptar como legítima la violencia del marido hacia la mujer. Asimismo es necesario considerar el perfil psicológico del hombre violento, caracterizado por la externalización de la culpa, la minimización de la conducta violenta, la dependencia en sus relaciones privadas, la baja autoestima y la adhesión rígida a los estereotipos genéricos, lo que a su vez produce estrés y aislamiento.

Currie considera esencial el "monitoreo" en el programa de grupo, manteniendo contacto por separado con la esposa a fin de obtener información sobre la familia y plantear las medidas de seguridad que aquella pudiera desconocer. La esposa también puede comunicarse con el programa si desea obtener información acerca de sus características.

El proceso comienza cuando el hombre se comunica con el programa para iniciar el tratamiento y esto sucede generalmente ante la separación o la amenaza de abandono por parte de la mujer. En el primer contacto, que en el programa de Currie es telefónico, es necesario indagar acerca del último episodio violento, el riesgo de que se repita y la frecuencia con que se producen. Dado que generalmente el hombre está en crisis cuando hace la llamada telefónica, la entrevista debe hacerse lo antes posible y, si la situación es extrema, se lo alienta a buscar tratamiento individual antes o paralelamente a las sesiones de grupo.

Señala Currie que no son admitidos en el grupo los hombres

que presenten síntomas psiquiátricos que interfieran en el proceso grupal o que tengan serios problemas de alcoholismo, en cuyo caso deberán asistir a un programa específico antes de ingresar en el grupo.

A los que son admitidos, se les informa que el coordinador se pondrá en contacto con la esposa, como parte del proceso diagnóstico y en todo momento en que su seguridad se considere en peligro, dado que la protección de la víctima es de fundamental importancia.

Finalmente, para ser miembros del grupo los hombres deben firmar un contrato que señala sus obligaciones (asistencia, honestidad, nivel de participación) y cuyo propósito es formalizar el compromiso con el tratamiento y con los demás participantes.

El principal objetivo del grupo es que los hombres dejen de ser violentos con sus parejas, deteniendo no sólo el abuso físico sino también el verbal o la destrucción de objetos personales.

El programa tiene una extensión de diez sesiones y el contenido es coherente con las hipótesis acerca de las causas de la violencia. Comprende el examen de los sistemas estereotipados de creencias, la confección de un diario de sentimientos agresivos, la identificación de las señales de previolencia y el análisis de alternativas a la reacción violenta. También se puede recurrir a la proyección de películas para reflexionar acerca de las actitudes y valores que subyacen al maltrato hacia la esposa, desarrollando de este modo una conciencia respecto del contexto social en el que ocurre la violencia.

La evaluación personal de cada participante se realiza a través de sus propios comentarios respecto de los cambios ocurridos durante su participación en el programa, y por los informes de su pareja acerca de la existencia o no de incidentes violentos. Cuatro meses después de finalizado el grupo, se convoca a los miembros para una sesión de seguimiento a fin de evaluar la efectividad del programa, manteniendo también contacto telefónico o a solas con las esposas.

Entre las ventajas del programa grupal, Currie señala que puede llevarse a cabo en lugares donde el tiempo del personal y/o los recursos financieros son limitados, que el tiempo es

adecuado para comenzar a hacer cambios, contando con la posibilidad de tener un seguimiento terapéutico posterior y, fundamentalmente, que el grupo es un modo efectivo de intervención para muchos hombres. Como desventajas se menciona que la estructura de diez sesiones no permite satisfacer las necesidades individuales de los miembros, que como el programa no es continuo son pocos los hombres que anualmente logran completarlo, debiendo algunos permanecer en lista de espera, y que los miembros más avanzados no pueden servir de modelo para ayudar a los nuevos miembros.

De acuerdo con el análisis del autor, entre el 65 % al 70 % de los hombres que completan el programa detiene la violencia física hacia las mujeres.

Jim Freeman (1988) describe las características de un grupo de tratamiento para hombres que golpean a sus esposas. Sostiene que la violencia contra las mujeres no es una cuestión familiar ni un asunto marital, sino un delito de violencia.

Plantea que el objetivo de corto plazo es terminar con la conducta violenta, mientras que el de largo plazo se orienta a cambiar las creencias y actitudes de los hombres golpeadores para que dejen de considerar a sus esposas, actuales o futuras, como un objetivo aceptable para la violencia. Por lo tanto, el programa no pretende conservar el matrimonio ni destruirlo, sino terminar con la violencia, lo cual puede, a su vez, ayudar a algunas parejas.

No se trata de un grupo de apoyo que procura transformar a los hombres en personas socialmente aceptables, sino de un grupo psicoterapéutico que emplea una técnica focalizada en la violencia. El programa enfatiza que la violencia no es culpa de la víctima sino responsabilidad personal de los hombres y, por lo tanto, no acepta ninguna excusa para la conducta violenta.

Las técnicas apuntan a la modificación de la conducta violenta a través del *insight* y a la reestructuración de las creencias y actitudes que la favorecen. No tiene contacto directo con la víctima, pero puede dar referencias a los lugares donde ésta se asiste. No se ofrece asesoramiento a la pareja hasta que el hombre esté suficientemente comprometido con el programa y el ciclo de violencia haya terminado.

En cuanto a los criterios de admisión, Freeman señala que el programa recibe varones adultos que hayan atacado físicamente a sus parejas o que estén en real peligro de hacerlo. Se requiere motivación para participar en el grupo y para hacer cambios adaptativos en el comportamiento, capacidad intelectual para comprender los objetivos del grupo, capacidad de introspección y comprensión de la propia conducta en relación con la acción criminal.

No todos los individuos se consideran adecuados para participar en el grupo, en cuyo caso son derivados a otros programas. Entre los criterios de exclusión se mencionan: la ausencia de alguno de los criterios de admisión, retardo intelectual, severo deterioro de la memoria o desórdenes psicóticos, estado de perturbación aguda o crisis que impida el proceso terapéutico, antecedentes no satisfactorios de terapia grupal, alcoholismo como problema clínico concomitante, que pueda perturbar el proceso terapéutico, insistencia en que la esposa participe en el programa o sea aconsejada por los terapeutas, violencia de naturaleza más amplia y no focalizada en la esposa.

Teniendo en cuenta los criterios expuestos, para ser admitidos en el programa los consultantes deben ser objeto de una evaluación psicológica orientada a determinar su habilidad intelectual, nivel de socialización y características de personalidad.

El estilo general del grupo psicoterapéutico es fuertemente directivo y confrontativo. No se espera que haya discusiones libres con finales abiertos sino una secuencia planeada de temas en cada sesión. El grupo es cerrado y comprende tres fases:

1. *Fase intensiva*: tiene una duración de doce semanas, con una reunión semanal durante las cuales el grupo se encuentra focalizado en el primer objetivo, que consiste en detener la conducta violenta.
2. *Fase de disminución de la dependencia*: durante seis meses, una noche por mes, el programa promueve la reestructuración cognitiva de creencias y actitudes, la resolución de problemas y la reducción de la dependencia con el grupo.

3. *Fase de seguimiento*: durante un año, una noche por mes, el programa se orienta a la identificación de actitudes que promueven conductas no violentas. Asimismo, durante cuatro años, una noche por año, el programa se centra en la discusión de problemas relacionados con el maltrato conyugal.

Giles Rondeau (1989) describe las características de los programas de ayuda a parejas violentas, en Quebec. De acuerdo con su análisis, todos los programas persiguen el objetivo de ayudar a los hombres que han sido física y/o psicológicamente abusivos con sus parejas, a fin de inducirlos a detener tales comportamientos. Para ello se requiere la toma de conciencia acerca de la conducta abusiva, responsabilización por la violencia ejercida y motivación para hacer cambios en el comportamiento.

Las diferentes visiones acerca de la violencia conyugal encontradas en los programas de intervención se inspiran principalmente en los análisis desarrollados por la psicología cognitiva conductista. De acuerdo con este enfoque, la violencia es un comportamiento aprendido que es posible modificar sometiendo al sujeto a un aprendizaje nuevo y diferente que permita desarrollar un comportamiento no violento.

La duración de los programas varía de doce a treinta y cinco sesiones; los grupos son abiertos o abierto-cerrados, en los que se admiten ingresos hasta completar diez o doce personas o una duración de hasta un cierto número de semanas.

Todos los programas emplean técnicas de intervención que comprenden el uso de la primera persona a fin de evitar generalidades y referencias a los otros, y la discusión de los hechos violentos sucedidos después del último encuentro, poniendo énfasis en la expresión de los sentimientos y emociones. Casi todos prescriben ejercicios o trabajos para que los hombres realicen entre una y otra sesión. También son técnicas frecuentemente utilizadas la discusión de los actos violentos pasados, el "tiempo-afuera" y los ejercicios para facilitar la comunicación.

Los programas realizan una o dos entrevistas iniciales de evaluación, utilizando un cuestionario preparado al efecto que indaga sobre los siguientes aspectos: identificación del cliente, formas de violencia ejercida, frecuencia, historia familiar e historia de violencia, antecedentes judiciales, estado psicológico actual, tendencias suicidas u homicidas, capacidad de control y peligrosidad. La entrevista de evaluación también sirve para estimar los niveles de responsabilidad y motivación del cliente, así como para verificar la seguridad de la esposa y de los hijos.

Algunos programas tienen un sistema de seguimiento, ya sea telefónico o por medio de entrevistas individuales. Sólo seis programas emplean una técnica de relanzamiento de los hombres que abandonan el tratamiento. Los principales motivos de abandono se deben a la negación de la conducta violenta, falta de motivación, reconciliación o regreso de la cónyuge, serios problemas psicológicos, dificultad para efectuar dos programas simultáneos (alcohol y violencia), recaída, tentativa de suicidio y prisión.

Existen también "servicios indirectos" tales como el contacto personal, telefónico o por carta con la mujer, y "servicios a la comunidad" que tienen por objeto informar y sensibilizar a la población a fin de difundir la problemática de la violencia familiar y los servicios ofrecidos.

Sostiene Giles Rondeau que en los programas de ayuda a parejas violentas es importante mantener una posición feminista, a fin de no dar mensajes contradictorios a los hombres y las mujeres que participan en los grupos.

David Wehner (1988) en *Working with violent men* sostiene que "algunos" hombres están profundamente perturbados por su conducta abusiva y desean modificar su comportamiento. Enfatiza la palabra "algunos" porque se refiere sólo a aquellos que verdaderamente han identificado su abuso como un problema y están preparados para aprender a enfrentar su ira y su agresión. Otro segmento de la población masculina cree que el abuso hacia la mujer no es un problema de importancia, motivo por el cual este grupo no se considera apropiado para el tratamiento. En este caso, todos los recursos de la ley deberían

ser utilizados para terminar con su conducta violenta. Por lo tanto, a fin de distribuir adecuadamente los recursos, es necesario determinar qué proporción de la población abusiva es apta para *counseling* y qué proporción puede solamente ser controlada a través de sanciones legales.

El programa de *counseling* que Wehner considera más efectivo para trabajar con hombres violentos se basa en las tres teorías más importantes acerca de las causas del abuso a la esposa. La primera teoría sugiere que los hombres que maltratan, comparten ciertos déficit psicológicos tales como baja autoestima o celos enfermizos, para los cuales la terapia resulta una respuesta adecuada. Una segunda interpretación sugiere que el maltrato es causado por factores estructurales tales como el estrés económico-social y la socialización dentro de una subcultura de violencia. Como respuesta a estas influencias se requieren técnicas de manejo del estrés y alternativas efectivas para la violencia ante situaciones conflictivas. La tercera interpretación amplía los dos primeros enfoques, ubicando el maltrato a la esposa dentro de un marco histórico que comprende las relaciones de poder, sociales, económicas, políticas y personales entre hombres y mujeres. En este sentido, la intervención en el maltrato a la esposa debe incluir un examen de los estereotipos de rol sexual y de sus efectos sobre hombres y mujeres.

Wehner considera que la forma más efectiva de intervención en *counseling* es el grupo terapéutico, porque permite que hombres con experiencias similares interactúen en un ambiente seguro, modela un entorno adecuado de resolución de problemas, facilita el desarrollo de habilidades interpersonales y sirve como un excelente mecanismo por el cual los hombres aprenden a confrontarse a sí mismos y a sus pares en formas constructivas y no hostiles.

El programa de *counseling* para hombres violentos comprende discusiones grupales acerca del proceso de construcción de la ira (pensamientos, sentimientos, acciones, síntomas físicos), prácticas en "tiempo-afuera" y registro del diario de la ira. Este último, que actúa como un indicador del nivel de tensión, consiste en describir el incidente violento, registrar los pensamien-

tos, sentimientos y acciones, identificar los beneficios o compensaciones de una conducta particular, las posibles acciones alternativas y las compensaciones que se hubieran obtenido. Asimismo, el programa incluye el entrenamiento en relajación, comunicación y asertividad, análisis de la autoimagen, dependencia, expectativas de rol sexual, estereotipos genéricos y sexualidad masculina.

De acuerdo con Wehner, para evaluar si el *counseling* es verdaderamente efectivo, además de realizar entrevistas con los participantes y con los terapeutas, sería necesario involucrar a la mujer en la evaluación del proceso, dado que el objetivo más importante que persigue el programa es que su seguridad se mantenga a largo plazo.

Considerando este tipo de metodología, Wehner ha encontrado evidencia que sugiere que el 60 % al 80 % de los hombres preparados para comprometerse en un proceso de *counseling* grupal puede alcanzar una reducción sustancial en sus niveles de abuso. Aunque esto no sea conclusivo, indica claramente el potencial existente para una intervención que haya sido cuidadosamente planeada y evaluada.

Para completar las características de los servicios destinados a la asistencia de hombres violentos, resulta interesante comentar la técnica del "tiempo-afuera" a que hacen referencia algunos de los programas analizados.

D. Sonkin y M. Durphy (1982), en *Learning to live without violence*, presentan un manual para trece semanas de ayuda personal, que los hombres pueden usar para examinar sus vidas y controlar sus comportamientos abusivos.

Consideran que cuanto mayor sea la conciencia del enojo, mayor será la posibilidad de controlarlo, y que cuanto mejor se conozcan los menores niveles de enojo, menor será la posibilidad de explotar por pequeñas cosas.

Los autores plantean un método que consideran "garantizado" para detener la violencia, pero que requiere de un esfuerzo consciente para hacer los ejercicios "religiosamente". La denominada técnica del "tiempo-afuera" consiste en decir en voz alta: "Estoy comenzando a enojarme y necesito tomarme tiempo-afuera". El uso de la primera persona indica que el sujeto

habla de lo que siente y al mismo tiempo comunica a la mujer que no la golpeará. Deberá dejar la casa durante una hora, en la que no podrá tomar alcohol ni conducir vehículos. Debe hablar consigo mismo en forma positiva, diciéndose: "Necesito una actividad física para enfriarme". Al volver, debe preguntarle a la esposa si desea conversar con él y, si así fuera, debe comunicarle qué cosa lo hizo enojarse y qué significa el "tiempo-afuera". Tomarse el "tiempo-afuera" ayuda a que la mujer vaya adquiriendo confianza en que no habrá violencia.

Señalan Sonkin y Durphy que es difícil aplicar el "tiempo-afuera", porque los hombres creen que es una cobardía eludir una pelea y necesitan, por lo tanto, hacer varias prácticas cuando no están enojados.

Otra de las indicaciones del manual se refiere al reconocimiento del enojo a través de señales corporales, tales como ansiedad, tensión, transpiración, sensación de frío, etcétera. También es posible identificar señales en la conducta, tales como depresión, insomnio, uso de expresiones sarcásticas o culpabilizadoras.

Es importante que los hombres lleven un "Diario de la ira" para registrar las circunstancias del enojo, en el que anotarán la fecha, la intensidad, las señales corporales y la conducta ejercida. Deberán hacer por lo menos una anotación diaria para practicar la identificación del momento de enojo.

También se recomiendan técnicas de reducción del estrés, ejercicios de relajación y entrenamiento en asertividad, que permiten comunicar las necesidades, los sentimientos y los pensamientos sin tener que recurrir a la violencia.

Los primeros grupos

Una mañana de setiembre, un grupo de hombres se reúne en un pequeño consultorio de hospital. Sólo unas cuantas sillas y un gran espejo en la pared. Vienen de distintos lugares, de distintas historias, pero están allí, con sus ansiedades, sus dudas, sus temores y a punto de iniciar un doloroso recorrido a través de sus vidas. Tal vez no sepan que son de algún modo

pioneros por participar en este Grupo para Hombres Violentos, ya que muchos otros, en similares circunstancias, aún no tienen la posibilidad de encontrar respuestas diferentes. Este pudo haber sido el primer paso para iniciar un proceso de cambio.

En esta sección se hace referencia a una de las primeras experiencias realizadas en nuestro país con grupos para hombres violentos, basada en los modelos analizados y dentro del marco teórico expuesto en la primera parte de este trabajo.

El grupo de hombres que durante trece semanas se reunió en un hospital de la ciudad de Buenos Aires, con la coordinación del licenciado Jorge Corsi, se estructuró basado en el Modelo Psicoeducacional, que tal como sostiene Mercedes Rodríguez (1990) se considera la modalidad de ayuda más efectiva para los agresores. Este modelo, que supone la fusión de los aspectos terapéutico y pedagógico, se caracteriza por la planificación de temas, objetivos y tiempos en el proceso grupal.

Antes de su incorporación al grupo, los participantes fueron entrevistados en forma individual a fin de estimar su compromiso con el pedido de ayuda y evaluar si la violencia aparecía asociada a otros trastornos que pudieran dificultar su inserción grupal.

En la entrevista individual se comunicó a los participantes que el servicio podría tomar contacto con sus esposas a fin de establecer medidas de protección cuando se considerara necesario.

Siguiendo la presentación de David Currie, el proceso del grupo se puede analizar teniendo en cuenta tres momentos diferenciados: a) etapa inicial; b) fase media, y c) etapa final.

a) Etapa inicial

Comprende las tres primeras sesiones, en las que se trabaja principalmente con los temores y ansiedades frente a la tarea grupal, por lo cual el rol del coordinador es muy activo en esta etapa.

Es también el momento de la "presentación", en la que cada uno explica los motivos de su concurrencia al grupo. Currie denomina "incorporación" a la manera empleada por el coordinador para comprometer a los miembros con el proceso terapéutico, fomentando una atmósfera de aceptación, sin olvidar que la conducta violenta es inaceptable. Debido a que los hombres tienden a minimizar su violencia, a veces tardan en comprometerse con el tratamiento.

En las dos primeras sesiones se pueden formular preguntas específicas para introducir el tema de la violencia, su origen, responsabilidad y beneficios de ser no violento.

Se recomienda a los hombres que lleven un diario semanal de sentimientos agresivos, que les permita su identificación en los momentos de ira. Deberán registrar el motivo aparente, nivel de cólera y los diálogos interiores a que dieron lugar. Se leerán algunos de estos registros al comienzo de cada sesión.

Los miembros deben firmar una copia del contrato en el que se explicitan los objetivos del grupo, que consisten en detener la conducta violenta, hablar acerca de sí mismo, dar y recibir opiniones y aprender formas alternativas de manejar el estrés y la frustración.

En cada sesión habrá un momento de entrada-salida en que cada uno describe cómo fue su semana y cómo se está sintiendo. Al finalizar, el coordinador y los miembros comentan acerca del desarrollo de la sesión. Estos momentos sirven para reducir el aislamiento y la restricción emocional y, al mismo tiempo, actúan como un chequeo sobre el potencial de crisis en cada momento.

También es posible destinar un momento para el relato de experiencias y la atención de problemas individuales.

En la primera reunión del grupo de referencia, los hombres plantearon varios de los temas que posteriormente se desarrollarían en el proceso grupal, tales como la externalización de la culpa y la provocación atribuida a la conducta de la mujer. Sus pensamientos se reflejan en los siguientes comentarios:

“La mujer es muy hábil, la violencia psicológica es sistemática, hace doler el alma.”

“Yo fui maltratado durante tres años hasta que reaccioné físicamente.”

“Yo pensé que ella lo hacía de masoquista.”

“Yo empecé a ejercer violencia sobre mi esposa más que nada por una cuestión de fastidio. Como ella no quería hacer las cosas, había un momento en que ella me provocaba o me sacaba de las casillas y yo quería ayudarla a los golpes, quería hacerla entrar en razones a los golpes y, bueno, acá estamos; ¿no? Los golpes se convirtieron en un hábito de parte mía. Ella decía algo que no me gustaba y yo le pegaba un cachetazo.”

“Yo quería que ella hiciera el papel de mi madre; empezaron las discusiones y los insultos; empezó todo con una cachetada y después era como una costumbre. No sabía cómo explicar las cosas y le pegaba. Nunca me denunció. De repente ella empezó a salir, ahora quiere hacer su vida y es como si me hubiera tocado el punto débil, veo que se me escapa, que ya no la puedo retener. Por más que yo le quisiera pegar no la puedo retener.”

Se señala que en los relatos van surgiendo aspectos que tienen que ver con los objetivos del grupo: el problema a resolver está en ellos mismos. Asimismo se destaca que la violencia aparece cuando el hombre no tiene argumentos para la discusión o no encuentra dentro de sí alguna forma de resolver el conflicto. Cuando no saben cómo mostrar que sienten bronca, miedo o inseguridad, la respuesta es la violencia.

En esta etapa surge frecuentemente la idea de que si la mujer no hiciera algo para provocarlos, los hombres no reaccionarían violentamente. Otro de los elementos comunes es que la violencia aparece cuando el otro no actúa de acuerdo con sus expectativas. Se señala que ser violento no es algo inevitable, y que en este grupo intentarán un camino para dejar de serlo.

En la segunda reunión, el coordinador solicita que relaten

los episodios de la última semana así como los sentimientos y pensamientos a que dieron lugar. Se plantean las dificultades que tienen para escuchar y entender los mensajes.

“Cuando se me habla mal es como que me bloqueo, cuando el mensaje es dado de mala manera yo me limito bastante, tal vez no escuche y reaccione.”

Se propone a los miembros del grupo que recuerden incidentes previos de violencia a fin de identificar las señales de acumulación de tensión (corporales, visuales o auditivas) que preceden a situaciones potencialmente violentas. Los participantes comentan:

“Es como un cosquilleo y me empieza a arder la cara como si tuviera fiebre.”

“Siento como una presión que me llega al pecho.”

“Yo lo siento en la espalda, el corazón... Siento que lo tengo y que me está doliendo.”

“Siento una presión muy grande en el pecho que pasa a los brazos.”

“Una presión que me dificulta la respiración, se incrementa la sudoración en las manos y siento una compresión a nivel de la garganta.”

“Siento puntadas, no me puedo mover, me quedo sin aire, siento que se me va a partir el corazón.”

El coordinador señala la importancia de reconocer las sensaciones físicas, porque son la clave para anticiparse al momento que no tiene retorno.

Al comienzo de la tercera reunión se revisan los registros del “Diario de la ira”. Uno de los participantes lee y comenta una discusión con la esposa:

“Esto que anoté me sirvió para darme cuenta de algo: que lo que me pasa a mí internamente, mis reacciones, son independientes de lo que pueda hacer ella o el contexto. Al registrar me di cuenta de que todo el problema radica en algo que yo tengo que terminar de identificar qué es.”

A través de los relatos surge, como rasgo coincidente, que la violencia que están comenzando a revisar tiene que ver con la violencia vivida como víctimas o testigos de maltrato en su infancia:

“Como a mí siempre me golpearon de chico, yo soy golpeador. Yo golpeo en la familia, no golpeo estando con amigos, a mí me aprecian mucho... Ellos no entenderían jamás que yo soy una porquería.”

Otro participante comenta que su padre infundía mucho miedo con la mirada, y que en su adolescencia le pegó una terrible paliza para “enderezarlo”.

b) Fase media

De acuerdo con el análisis de Currie, esta fase se extiende desde la cuarta a la octava sesión. En esta etapa, se percibe un aumento de la confianza entre los hombres, lo cual permite que algunos asuman un rol de terapeuta en relación con los otros. El coordinador actúa como facilitador; su rol es menos directivo y mantiene al grupo focalizado en los temas relevantes. Puede también presentar material gráfico o audiovisual para discutir en el grupo.

En esta etapa se aborda la temática de los roles genéricos con el objetivo de demostrar que son asignados y no biológicamente heredados. Lentamente empiezan a aprender que las expectativas de género rígidas contribuyen a la conducta violenta y que ellos son, de algún modo, víctimas del estereotipo que conduce a la restricción emocional.

También se discute en el grupo cómo reducir el nivel de de-

pendencia a fin de que empiecen a considerar a sus parejas como individualidades y no como extensión de ellos mismos. Al desarrollar su autoestima, pueden mejorar sus relaciones afectivas.

El grupo mantiene un clima de confianza en el que los miembros pueden ayudarse mutuamente. Se percibe un ambiente de mayor contenido emocional, y los sentimientos pueden ser expresados con menos reservas.

Un participante comenta que tuvo una discusión con su esposa, pero que se pudo "frenar" porque en el momento del golpe "se me representó el grupo". Esto aparece como un indicador de que el grupo está internalizado en los miembros y cumple el objetivo de favorecer la expresión emocional. El grupo actúa como otra mirada, y su fuerza contiene.

Durante esta etapa se trabajaron temas específicos tales como técnicas de relajación, percepción, poder ponerse en el lugar del otro, dependencia, ciclo de la violencia y uso de la primera persona para evitar caer en generalidades y referencias a los otros.

A partir de la octava reunión comienza a aparecer el tema del final del grupo, y se perciben cambios y flexibilizaciones facilitadas por la expresión de los sentimientos.

El coordinador se muestra a veces muy firme, confrontativo pero también afectuoso y preocupado por lo que les pasa. Para los hombres violentos éste es un modelo diferente de lo conocido, porque en ellos lo bueno y lo malo aparecen generalmente disociados.

En este momento el grupo está madurando como para empezar una nueva etapa.

Etapa final

En el modelo de Currie, durante la penúltima sesión el coordinador introduce el tema de la finalización del grupo, si los integrantes no lo hubieran planteado con anterioridad. Se espera que cada uno exprese sus sentimientos de tristeza o pérdida y comente los progresos realizados con la ayuda del grupo.

El coordinador hace devoluciones individuales y su rol es más activo que en la fase anterior.

En el grupo de referencia, algunos hombres pueden reconocer cambios en sus actitudes desde que se incorporaron al programa:

“Yo lo que puedo decir es que tratando de ayudarme a mí mismo o empezando a ver más claro muchas cosas, estoy en condiciones de ayudar a mi familia y a mi mujer... [*dirigiéndose a otro miembro*] Lo que yo te quería decir es que fundamentalmente tenés que encontrar en vos todo eso y darte cuenta de que el obstáculo número uno sos vos.”

En la penúltima sesión hubo gran compromiso emocional durante toda la reunión y el coordinador connotó positivamente el hecho de que empezaran a asumir su responsabilidad por la conducta violenta.

“El primer paso fue darme cuenta de que yo era violento... me sirvió saber que había gente que tenía el mismo problema que era la violencia y me di cuenta de que era una cuestión interna solamente mía. El grupo me dio las herramientas, saber que al principio no podía manejar mi violencia pero optaba por salir de la zona de peligro... lo más arriesgado era que si yo dejaba pasar una milésima de segundo y no me iba en ese momento preciso, después no me iba más. Optaba por irme al baño, le pedía a Dios... Esto da resultado, a mí me da resultado.”

“Yo me voy muy contento, en algún momento he llegado a estar convencido de que venía a perder el tiempo acá. Me voy contento, yo mejoré mi relación conmigo mismo y eso ha colaborado a mejorar mi relación con mi mujer... yo llegué acá convencido de que yo la fajaba a mi señora con justicia, ella me jodía, me provocaba, me sacaba de las casillas y yo le pegaba.”

“Cuando empecé a venir acá yo estaba convencido de que la

El coordinador hace devoluciones individuales y su rol es más activo que en la fase anterior.

En el grupo de referencia, algunos hombres pueden reconocer cambios en sus actitudes desde que se incorporaron al programa:

“Yo lo que puedo decir es que tratando de ayudarme a mí mismo o empezando a ver más claro muchas cosas, estoy en condiciones de ayudar a mi familia y a mi mujer... [*dirigiéndose a otro miembro*] Lo que yo te quería decir es que fundamentalmente tenés que encontrar en vos todo eso y darte cuenta de que el obstáculo número uno sos vos.”

En la penúltima sesión hubo gran compromiso emocional durante toda la reunión y el coordinador connotó positivamente el hecho de que empezaran a asumir su responsabilidad por la conducta violenta.

“El primer paso fue darme cuenta de que yo era violento... me sirvió saber que había gente que tenía el mismo problema que era la violencia y me di cuenta de que era una cuestión interna solamente mía. El grupo me dio las herramientas, saber que al principio no podía manejar mi violencia pero optaba por salir de la zona de peligro... lo más arriesgado era que si yo dejaba pasar una milésima de segundo y no me iba en ese momento preciso, después no me iba más. Optaba por irme al baño, le pedía a Dios... Esto da resultado, a mí me da resultado.”

“Yo me voy muy contento, en algún momento he llegado a estar convencido de que venía a perder el tiempo acá. Me voy contento, yo mejoré mi relación conmigo mismo y eso ha colaborado a mejorar mi relación con mi mujer... yo llegué acá convencido de que yo la fajaba a mi señora con justicia, ella me jodía, me provocaba, me sacaba de las casillas y yo le pegaba.”

“Cuando empecé a venir acá yo estaba convencido de que la

que tenía que venir acá era mi señora y yo venía para apoyarla...”

Dice uno de los hombres, con la voz cortada por la emoción:

“Yo me voy satisfecho, llegué con una gran angustia que no podía manejar, con ideas de suicidio... Después las fui descartando con la ayuda de ustedes... Un poco de amargura también porque todo el mundo se arregló menos yo.”

Otro de los miembros lo apoya, tratando de destacar los aspectos positivos:

“Tu amargura, tu enojo, forma parte de un primer paso. Cambiar conceptos a los cuales uno estuvo aferrado durante toda la vida... Uno se resiste. Pero cuanto más angustia hay, es un principio, un primer paso de un camino nuevo. Tal vez vos no lo veas todavía.”

La última sesión se dedicó a la evaluación de la experiencia vivida en el grupo, a través de los comentarios de los participantes y de la coordinación. Se establecieron los planes futuros teniendo en cuenta los cambios que quedaban por hacer y la conveniencia de continuar con terapia individual o grupal en cada caso. En esta etapa se procura establecer que el crecimiento no se detiene aunque el grupo termine.

Este Grupo para Hombres Violentos fue uno de los primeros que se implementaron en nuestro país con un abordaje psicoeducacional. En función de la experiencia realizada, se sintetizan a continuación los principales aspectos a tener en cuenta para llevar a cabo este tipo de programas:

—Los Grupos para Hombres Violentos y para Mujeres Maltratadas deberían compartir un mismo enfoque, desde una perspectiva profeminista, a fin de no dar mensajes contradictorios a hombres y mujeres.

—Los programas no pueden estar aislados de la comunidad, sino que deben formar parte de una red que abarque servicios

para las mujeres y para los niños maltratados, aunque funcionan separadamente.

—Es necesario tener flexibilidad para introducir cambios en el modelo elegido, adaptándolo a las circunstancias de nuestro medio.

—Para reducir el estrés del equipo profesional, propio del trabajo con hombres violentos, se requiere el constante apoyo de la institución a fin de que no se convierta en un obstáculo que condicione el trabajo del grupo.

—Se debe mantener un contacto fluido, ya sea directo o indirecto, con las esposas a efectos de evaluar el proceso de recuperación de los hombres violentos e informarles cuando la seguridad corra peligro.

—Es necesario implementar un sistema de seguimiento y relanzamiento de los hombres que abandonan el grupo por distintos motivos.

—Se debería prever desde el inicio la posibilidad de crear grupos de segundo nivel y encuentros cada seis meses, durante un número determinado de años. Asimismo puede planificarse la creación de grupos abiertos de sostén a los cuales los hombres puedan asistir cuando lo necesiten.

—Los horarios matinales de reunión pueden ser una fuerte limitación para los hombres que trabajan, especialmente en relación de dependencia.

—Dado que el modelo establece un número limitado de sesiones, es necesario enfatizar la asistencia a todas las reuniones del grupo, porque de otro modo pueden quedar temas que algún miembro no haya podido trabajar.

—Establecer contacto con profesionales de otros servicios e instituciones que compartan el marco teórico expuesto, a fin de derivar a los hombres violentos que no pudieran ser admitidos en el programa.

—Diseñar un sistema de estimación de los resultados para evaluar la efectividad de la intervención. Se debería registrar el tipo de abuso ejercido antes, durante y después del tratamiento, y la continuidad en el uso de las técnicas aprendidas, realizando entrevistas posgrupo con los integrantes, con los terapeutas y con las mujeres.

CONCLUSIONES

El presente trabajo procura destacar los diversos aspectos vinculados al abordaje de la violencia masculina hacia las mujeres. Partiendo del proceso de construcción de la masculinidad, se describen las características de la socialización genérica que favorecen la conducta violenta, señalando que los orígenes del odio y la violencia se encuentran asociados a las experiencias de maltrato y opresión en los primeros años de vida. Se considera que todo acto de violencia masculina aparentemente individual se inscribe dentro de una sociedad patriarcal que favorece el desarrollo de una personalidad de agresividad excedente, y cuya vía privilegiada de expresión es la violencia contra las mujeres.

Si bien se señala que para terminar con la violencia masculina se requieren cambios macrosociales, deben también producirse modificaciones en los espacios simbólicos que constituyen el exosistema y el microsistema, a través de acciones de carácter preventivo y asistencial.

Dentro de este contexto, se describen las características de los hombres violentos, destacando sus patrones de abuso y manipulación a efectos de esclarecer la falsa imagen que suelen ofrecer los agresores.

Considerando que los modelos de grupo son los más adecuados para la asistencia de los hombres violentos, se comentan diversos programas cuyo principal objetivo es que los agresores asuman su responsabilidad y detengan la conducta violenta. Estos programas se dirigen especialmente a los hombres que han reconocido su problema de violencia y que están preparados para enfrentar su ira y su agresión. Tal como sostiene Graciela Ferreira (1992), el verdadero trabajo de rehabilitación comienza cuando el hombre se convence y se hace cargo de su violencia. Esto es fundamental para detener el abuso físico, teniendo en cuenta que generalmente el hombre violento inicia tratamiento para calmar a la esposa, para que no lo abandone o para que vuelva con él, sin comprometerse efectivamente con el pedido de ayuda.

Plantea Currie (1985) que a través de su trabajo con el grupo

pudo ver el dolor interno, la restricción emocional y el temor que estos hombres han impuesto en sus vidas como resultado de la socialización masculina tradicional. Detrás de una máscara de control, fueron acosados por sentimientos de temor, inadecuación y baja autoestima. Por lo tanto, se debería atravesar esa cubierta exterior para que pudieran desarrollar sus potencialidades.

Para ello, es necesario que se sientan aceptados por el equipo profesional, ya que es difícil que los hombres violentos reconozcan que necesitan ayuda, y deben ser apoyados cuando deciden hacerlo. Las actitudes de juzgamiento o de rechazo pueden conducir a que abandonen el programa y sigan reproduciendo la conducta violenta.

Se debe tener en cuenta que es muy tensionante intentar ayudar a hombres particularmente resistentes al proceso de cambio, en especial por la responsabilidad que significa que, al no comprometerse con los objetivos del programa, sus parejas actuales o futuras puedan ser víctimas de su violencia. La complejidad del fenómeno requiere un abordaje interdisciplinario con un equipo capacitado para enfrentar los patrones de manipulación propios de los hombres violentos. Al mismo tiempo, el trabajo con estos hombres puede ser una experiencia enriquecedora, tanto para los hombres como para las mujeres del equipo profesional, porque permite explorar y conocer los propios límites ante la violencia.

Para completar el desarrollo de los temas analizados, se hace referencia a una de las primeras experiencias de Grupo para Hombres Violentos implementada en nuestro medio, basada en los modelos explicitados. Se trata, en efecto, de una experiencia innovadora que procura reducir el maltrato hacia las mujeres, al modificar el comportamiento abusivo de los hombres. Esto es de fundamental importancia para proteger a las esposas que permanecen o regresan con los agresores. Incluso en los casos en que las mujeres hubieran podido terminar con la relación abusiva, es probable que estos hombres continuaran acosando y maltratando a sus nuevas parejas si no mediara este tipo de intervención.

Tal como planteara Alice Miller (1985), respecto de las expe-

riencias de los primeros años de vida, si los hombres no pudieron elaborar la rabia y el dolor sufrido por haber sido maltratados en su infancia, la violencia se volverá a transmitir. El Grupo para Hombres Violentos puede ser una manera de evitarlo.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, D.: *Identify the Assaultive Husband in Court: You be the Judge*. Traducción de N. Torres Vidal. Mimeografiado, 1988.
- Bandura, A.: *Teoría del aprendizaje social*, Madrid, Espasa, 1984.
- Bell, D.: *Ser varón*, Barcelona, Tusquets, 1987.
- Bronfenbrenner, U.: *La ecología del desarrollo humano*, Barcelona, Paidós, 1987.
- Corsi, J.: "El modelo masculino tradicional". Mimeografiado, 1990.
- Corsi, J.: "Violencia familiar: Aspectos psico-sociales y asistenciales del hombre golpeador". Mimeografiado, 1987.
- Currie, D.: "Modelo de grupo para hombres golpeadores", en Sinclair, D., *Understanding Wife Assault*, Toronto, Ontario Governement Bookstore, 1985. Traducción de J. Corsi.
- Dutton, D.: "Profiling of Wife Assaulters: Preliminary Evidence for a Trimodal Analysis", *Violence and Victims*, vol. 3 N 1, 1988.
- Ferreira, G.: *Hombres violentos. Mujeres maltratadas*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.
- Freeman, J.: *Treatment Group for Men who Batter Their Wives*, Central Alberta Group Psychoterapy Centre, 1988.
- Gindín, L.: *La nueva sexualidad del varón*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- Kaufman, M.: *Hombres, placer, poder y cambio*, Santo Domingo, CIPAF, 1989.
- Mackie, M.: *Constructing Women and Men. Gender Socialization*, Toronto, Holt, Kenehart and Winston, 1987.

- Miller, A.: *Por tu propio bien*, Barcelona, Tusquets Editores, 1985.
- Rodríguez, M.: *El papel del agresor en el problema de la violencia doméstica*, San Juan, Puerto Rico, 1990. Mimeografiado.
- Rondeau, G.: *Les programmes québécois d'aide aux conjoints violents*, Université de Montréal, 1989.
- Sonkin, D. y Durphy, M.: *Learning to Live Without Violence: Handbook for Men*, Volcano Press, San Francisco (U.S.A.), 1982.
- Wehner, D.: *Working with violent men*, Clovelly Park Community Health Centre, South Australia, 1988.

- Miller, A.: *Por tu propio bien*, Barcelona, Tusquets Editores, 1985.
- Rodríguez, M.: *El papel del agresor en el problema de la violencia doméstica*, San Juan, Puerto Rico, 1990. Mimeografiado.
- Rondeau, G.: *Les programmes québécois d'aide aux conjoints violents*, Université de Montréal, 1989.
- Sonkin, D. y Durphy, M.: *Learning to Live Without Violence: Handbook for Men*, Volcano Press, San Francisco (U.S.A.), 1982.
- Wehner, D.: *Working with violent men*, Clovelly Park Community Health Centre, South Australia, 1988.